

¡Otra vez lo mismo!

(Jueces 2)

Un amigo me contó, recientemente, acerca de un arrendajo azul, el cual se había introducido en su cochera y no podía hallar la salida. La pobre ave parecía haber entrado en pánico y estaba cada vez más confusa por su difícil situación. Entre más se esforzaba por salir, más apremiante era su confinamiento. La gran puerta de la cochera había sido lo suficientemente amplia para que, volando por ella, se introdujera; pero ¡no parecía ser lo suficientemente grande para permitirle escapar! La familia tuvo lástima del arrendajo y trató de ayudarlo. Probaron de todo. Lo mimaron, lo persiguieron e, incluso, le indicaron la salida mediante una pista de granos de alpiste. Todavía siguió atrapado. Más adelante, otras aves entraron en la cochera y parecieron demostrarle al congénere atrapado, que era fácil volar hacia la libertad. Todavía siguió atrapado. Voló de una pared a otra; pero nunca a través de la puerta que siempre estuvo abierta. Ese arrendajo constituye un gran símbolo del Israel del tiempo de los jueces —y lo es, a veces, de cristianos de hoy día.

Tal como lo vimos en la lección anterior, el libro de Jueces describe «el ciclo descendente por falta de fe» —la vorágine descendente de una nación que se ha vuelto ingobernable. Como no atinaron a arrojar a los inicuos cananeos de la tierra, los israelitas estuvieron expuestos al desastre espiritual (2.1–5). Por todo el libro, los nombres y los lugares cambian; pero el ciclo traumático sigue, asombrosamente, siendo el mismo. Jueces 2, contiene este trazado, alrededor del cual se construye el resto del libro, los peldaños consecutivos por los que bajó Israel a la vorágine descendente.

PRIMER PELDAÑO:

LA BRECHA GENERACIONAL (2.6–10)

El mayor problema de Israel no era la rebelión; ¡era la crianza de sus hijos! En los tiempos de Josué y los líderes de su generación, Israel permanecía fiel. Estas personas habían sido dirigidas por Dios, y habían marchado con Él por el Jordán, alrededor de Jericó, hasta entrar en la Tierra de Promisión. Conocían a Dios bien y lo reverenciaban hasta el día de su muerte. No obstante, cuando morían, su fe moría con ellos. Esto es lo que leemos: «Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel» (2.10).

El comienzo de la vorágine descendente de Israel puede tener su origen en el hecho de que no fueron capaces de transmitir su fe a sus hijos. En la retrospectiva que las Escrituras nos proporcionan, podemos ver que ellos no cumplieron una de las más grandes tareas de sus vidas, la de pasar la antorcha de la fe. Dios les había mandado en la ley:

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas (Deuteronomio 6.6–9).

Por la razón que fuera, Israel incumplió una y otra vez la responsabilidad para con sus hijos.

Toda generación tiene la apremiante necesidad de que el pueblo de Dios prepare a la siguiente generación para su propia andanza con el Señor. Un arquitecto amigo mío, quien a menudo trabaja

con comités de iglesias, en el diseño de nuevos edificios para éstas, tiene la teoría de que son pocas las personas que tienen la capacidad de planear para más allá del tiempo que esperan vivir. Así, un hombre de cincuenta años que espera vivir hasta los setenta y cinco años, tiende a hacer planes para no más allá de veinticinco años. Un hombre de setenta años, que cree que va a vivir hasta la edad de ochenta años, tiende a tener una visión que no abarca más allá de diez años. Mi amigo cree que es mucho lo que él puede decir de la gente al reunirse con un comité de planeamiento y escuchar cuán proyectadas al futuro son sus ideas. ¿Cinco años? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Cincuenta? ¿Qué piensa de un comité de la iglesia que haga planes para los próximos cien años? ¿Qué clase de prioridades son las que tienen relevancia en un plan para cien años?

Uno de mis consejos sobre crianza de los hijos, proviene de un hombre que dice que, como padre que es, él no está criando hijos. Para él, esto revela, sencillamente, demasiada falta de previsión. Más bien, sostiene él, su responsabilidad es preparar a los padres de sus nietos. ¡Esa es la visión que Israel necesitaba y que la iglesia necesita hoy día!

SEGUNDO PELDAÑO:

INFIDELIDAD ESPIRITUAL (2.11–13)

El peldaño que siguió en la vorágine descendente, se pisó cuando la generación que no conocía a Dios, se volvió tras los dioses de los cananeos. Es probable que para ellos no significara una ofensa tan grave. Después de todo, Dios no había sido muy importante para ellos; se trataba solamente del «Dios de sus padres» (2.12). Nunca fue el Dios *de ellos*. Les dieron culto a los baales y a Astarot, porque sencillamente siguieron la senda de menor resistencia. Casi podemos oírlos justificándose al pie del altar a Baal: «Esto es lo que todo el mundo hace». Como no tenían una relación con el Dios viviente, estaban completamente expuestos a la tentación de la idolatría. He conocido personas que rechazaron a Dios alejándose, de modo insolente, de Él, y dándole un portazo en Su rostro; pero la mayoría no lo hace así. Se dejan llevar por el viento y se van en la dirección que éste sople. Si sopla en dirección que aleje de Dios, son alejados también, sin haber tomado una sola decisión consciente al respecto.

TERCER PELDAÑO:

LA IRA DIVINA (2.14–15)

Lo que sucede después, en el ciclo de Jueces, es difícil de entender e incluso, más difícil de estimar.

Así consta en la narración:

Y se encendió contra Israel el furor de Jehová, el cual los entregó en manos de robadores que los despojaron, y los vendió en mano de sus enemigos de alrededor; y no pudieron ya hacer frente a sus enemigos. Por dondequiera que salían, la mano de Jehová estaba contra ellos para mal, como Jehová había dicho, y como Jehová se lo había jurado; y tuvieron gran aflicción (2.14–15).

¿Era posible que Dios hiciera algo tan severo y tan doloroso? ¿Dejaría Dios que las personas sufrieran a causa de sus iniquidades? Esta no es precisamente la visión característica que se tiene de Dios, hoy día. Más bien, muchos definen a Dios como un ser siempre positivo, afirmativo, tolerante y absolutamente incapaz de abrigar enojo.

La visión de un Dios incapaz de juzgar, como el que se describe anteriormente, contrasta con la reacción de un grupo de pornógrafos por el grave terremoto sucedido en Los Ángeles, en 1993; a raíz del cual sufrieron serios daños las instalaciones de setenta de los más importantes estudios de pornografía. Se arruinaron varias cintas, y se destruyeron equipos muy caros. ¿Cómo interpretaron los empresarios de la pornografía estos eventos? Por lo menos hubo algunos que se convencieron de que aquél fue el castigo de Dios, por su iniquidad. Un agente de actores pornográficos dijo: «No hay duda de que nuestros representados carecen de motivación. Les ha caído el temor de Dios. No es broma, bien podrían hacer que uno se diera a la religión».¹

¿Y qué hay del SIDA? Una de las preguntas que con más frecuencia se han hecho personas de dentro y fuera de la iglesia, durante los últimos años, es si el SIDA podría ser el juicio de Dios contra la iniquidad de la tierra. Hubo un tiempo cuando yo no lo pensaba mucho para contestar: «¡No! Dios no haría semejante cosa». Hoy día, no obstante, lo pienso más para dar tal respuesta.

Las Escrituras nos previenen en contra de entender que hay una relación rígida, de causa y efecto, entre el pecado y el sufrimiento. Si todas las personas que son culpables de pecados de índole sexual, fueran castigadas por Dios mediante una enfermedad mortal, ¡el negocio de las funerarias estaría en mucho mayor demanda que lo que está hoy día!

Cuando a los amigos de Job se les planteó la

¹ “God’s Wrath Upon Pornography?” («¿Se manifestó la ira contra la pornografía?») *Christianity Today* (7 March 1994): 57.

pregunta acerca del porqué del sufrimiento de Job, cometieron el error de dar por sentado que él debió de haber cometido un gravísimo pecado; pues su sufrimiento era grande. Al final, Dios reprendió a los amigos de Job por su presunción, al relacionar el sufrimiento de Job con su pecado. Jesús también dejó claro que el pecado no era la explicación de la tragedia de los galileos que fueron masacrados, o del desastre provocado por la caída de la torre de Siloé (Lucas 13.3-5). No obstante, también existe el peligro de irse uno al otro extremo y afirmar que la ira de Dios no tuvo *nada* que ver con la destrucción de California, ni con el exterminio que está causando el SIDA. A Israel se le había advertido anteriormente:

Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que Jehová tu Dios te ha prohibido. Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso (Deuteronomio 4.23-24)

La ira es una dimensión visible de la personalidad de Jesús, y continúa siendo parte de la naturaleza de Dios hoy día. Aunque no es socialmente aceptable hablar sobre la naturaleza de Dios otra cosa que no incluya completa misericordia, Su ira continúa siendo una realidad.

CUARTO PELDAÑO: EL DESESPERADO CLAMOR (2.15b, 18b)

¡La mayoría de nosotros no elevamos la mirada al cielo sino hasta que caemos boca arriba! Así sucede con nosotros, y así le sucedía a Israel. Cuando Dios los entregó en mano de sus enemigos, los israelitas «tuvieron gran aflicción» y estuvieron dando «gemidos». Mientras les estuvo yendo bien, y no perdieron el dominio de la situación, mientras se sintieron autosuficientes, se olvidaron de Dios. No fue sino hasta que no les quedó opción, que comenzaron a cantar su propia versión del himno que dice: «¿A quién más puedo acudir, sino al Señor?».

Cuando crecía, recuerdo oír que las iglesias se reunían para sesiones especiales de oración, en ocasiones tales como el estallido de las guerras mundiales, la difusión de informes sobre el día 'D' y la firma de tratados de paz. Yo mismo jamás tuve una experiencia parecida, sino hasta hace pocos años, cuando la Guerra del Golfo estalló. Cuando el enfrentamiento sobre superficie se acercaba, muchas iglesias de todo el país se reunían para servicios especiales de oración. Como se enfrentaba la posibilidad de que hubiera cuantiosas bajas, la

gente llegó a la conclusión de que «no quedaba otra cosa más que orar». Una vez que nos convencimos de que teníamos la situación dominada, las reuniones para orar cesaron. Los problemas hacen que nos volvamos a Dios. Puede que desaprobemos la manera como Israel hizo esto una y otra vez, durante el tiempo de los jueces; pero, todos estos últimos años, nosotros hemos estado haciendo lo mismo.

QUINTO PELDAÑO: DIOS LIBRA A ISRAEL (2.16)

La parte que sigue, del resumen del escritor, es breve y buena: «Y Jehová levantó jueces que los librasen de mano de los que les despojaban» (2.16). Tal vez el más asombroso aspecto de la totalidad del ciclo, es que Dios continuó librando a Israel; rehusó abandonarlos a su suerte. Dios hizo esto levantando jueces. Algunos fueron, primordialmente, líderes militares en tiempos de crisis; otros sirvieron de gobernantes en tiempos de paz. La presencia de ellos fue un recordatorio de la fidelidad de Dios. Este amor obstinado se proclamaría después en las prédicas de Jesús, y se demostraría más poderosamente en la cruz. Aunque a menudo su descendencia le causa dolor, y muchas veces es pasado por alto en los tiempos de bienestar, Dios continúa prestándole oído al clamor de Sus hijos y librándolos cuando llaman. Éste es, sin duda, el más asombroso de todos los aspectos de la vorágine de Jueces.

SEXTO PELDAÑO: HAY REPOSO EN LA TIERRA

Aunque no se menciona en el resumen dado en esta sección, una parte regular de los relatos de Jueces es el reposo experimentado en la tierra después de que Dios libraba a través de los jueces.

Y reposó la tierra cuarenta años; [...] (3.11).

[...] y reposó la tierra ochenta años (3.30).

Y la tierra reposó cuarenta años (5.31).

Y reposó la tierra cuarenta años en los días de Gedeón (8.28).

SÉTIMO PELDAÑO: ¡LA HISTORIA SE REPITE! (2.17-19)

Lamentablemente, el ciclo llegaba a su fin (y comenzaba de nuevo), con el informe de que los israelitas «se [iban] tras dioses ajenos, a los cuales [adoraban]» (2.17). Nos parece increíble, y nos preguntamos: «¿Cuándo irán a aprender?». Pero también, ¿cuándo aprenderemos nosotros?

CONCLUSIÓN

¿Hay alguna esperanza? ¿Podemos detener esta vorágine descendente? Creo que sí, y me parece que la respuesta se encuentra en la añeja palabra, olorosa a moho, de «pacto».

El capítulo 2, abre y cierra con el concepto de «pacto». Al comienzo, el mensajero de Dios declaró:

Yo os saqué de Egipto, y os introduje en la tierra de la cual había jurado a vuestros padres, diciendo: No invalidaré jamás mi pacto con vosotros, con tal que vosotros no hagáis pacto con los moradores de esta tierra, cuyos altares habéis de derribar; [...] (2.1-2).

La palabra 'pacto' encierra un profundo significado bíblico. Dios hizo un pacto con Israel, y Él fue siempre fiel a ese pacto. Israel, por el contrario, fue inconstante y poco serio; siempre anduvo corriendo en pos de otros amantes (dioses). En el Nuevo Testamento (el nuevo pacto), se relata que Jesús les dijo a sus discípulos, en el momento de la última cena, que la copa que sostenía en sus manos, ¡representaba su «sangre del nuevo pacto» (Mateo 26.28)! Esto por sí solo, es suficiente para afirmar que un pacto es un acuerdo de muchísima seriedad. Un pacto es un compromiso que obliga, es un contrato, una promesa. Lo oímos en las bodas, cuando dos personas, estando de pie, declaran: «Prometo delante de Dios y estos testigos, que seré tu fiel y amante esposo (o esposa), en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, que a ningún otro (u otra) amaré más, hasta que la muerte nos separe».

Esta fue la clase de pacto que Israel hizo con Dios al pie del monte Sinaí; sin embargo, lo que sucedió después demostró que no fueron fieles. Aun cuando las oportunidades de renovarlo les fueron dadas por Dios, según se narra en Jueces, ellos jamás las supieron aprovechar. Cada vez que se vieron en problemas, clamaron para que se les ayudara; pero no deben confundirse sus desesperados clamores con un genuino arrepentimiento. Échele una nueva mirada al resumen de la vorágine descendente de Jueces. Por ningún lado se menciona que hayan renovado el pacto con Dios. Suplicaban que se les liberara, pero no se consagraban verdaderamente a Dios; le presentaban su dolor; pero jamás su corazón; la vorágine continuaba descendiendo, y el ciclo jamás se rompía. Todo mundo desea que Dios lo ayude; pero pocos desean una relación de pacto que exige fidelidad y devoción exclusiva. Jesús hizo notar

esta diferencia cuando enseñó:

Mateo 7.21

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

El capítulo 2, también hace notar que cada vez que Israel rompía el pacto con Dios, ellos no volvían al mismo nivel de fidelidad, en el cual se encontraban la última vez que habían desobedecido. Más bien, «volvían atrás, y se corrompían más que sus padres» (2.19). Vivir en relación con Dios es igual que montar en bicicleta: Es imposible mantenerse en un mismo lugar por mucho tiempo. He trabajado, desde 1986, con iglesias que se encuentran cerca de campus universitarios, y esto me ha dado la oportunidad de trabajar con jóvenes de ambos sexos, que están pasando por un período crítico de sus vidas. Cada año les expreso a los nuevos estudiantes, mi convicción en el sentido de que, cuando salgan de la universidad (a los cuatro, cinco o ¡diez años!), lo harán siendo mejores o peores personas, en grado muy significativo, de lo que eran cuando entraron. Serán más poderosos en el Señor, o mucho más débiles. Las personas no pueden permanecer iguales; esto es algo que descubrieron los israelitas, según se narra en el libro de Jueces.

Después de que el ciclo de Jueces es expuesto en el capítulo 2, al final de éste se vuelve a mencionar el pacto:

Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y dijo: Por cuanto este pueblo traspasa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedece a mi voz, tampoco yo volveré más a arrojar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió (2.20-21).

La fidelidad de nuestro pacto con Dios es todavía crucial para mantener una relación viva y próspera con Él. Sin ella, seremos, en gran manera, como el Israel del tiempo de los jueces, o como aquel arrendajo azul desorientado que había quedado atrapado en la cochera; entre más empeño le pongamos a nuestra liberación, más frustrados nos pondremos. Con sólo que nuestro pequeño amigo se hubiera percatado de que los habitantes de la casa deseaban lo mejor para él, se hubiera tranquilizado, se hubiera posado en las manos de ellos, y hubiera experimentado la alegría de haber sido liberado de aquel confinamiento. ¡Mi oración es que todos nosotros tengamos más sensatez que aquel arrendajo azul! ■